CAPÍTULO XXVII. *De la insigne ciudad de Tetzcuco y casas y palacios del rey*

NA DE LAS MAYORES POBLAZONES que se hallaron en esta tierra, luego que los nuestros entraron en ella, fue la populosa y magnífica ciudad de Tetzcuco, la cual, según cuenta cierta y verdadera, tenía ciento y cuarenta mil casas, pero no se ha de entender que toda esta casería estaba recogida y junta, porque aunque en su mayor parte lo estaba, otra mucha estaba repartida como en familias y barrios; y de tal manera corría esta poblazón desde el corazón de ella (que era la morada y palacios del rey) que se iba dilatando por tres o cuatro leguas. Esta ciudad fue antiquísima morada de los chichimecas primeros que vinieron a esta tierra, donde pasaron su imperio y la hicieron cabeza de él; y en sus principios no la habitaron sus gentes en casas, sino en cuevas y guaridas de piedras y peñascos, hasta que viniendo los aculhuas (gente política y de razón) que la fundaron y redujeron en aquel sitio y sacaron de las cavernas y selvas a los chichimecas.

Fue ésta ciudad imperial, y gozó de nombre de cabeza del chichimeca imperio muchos años, hasta que un vasallo del imperio, llamado Tezozomoctli, rey de Azcaputzalco, por traición mató al emperador (como en las historias de los reyes se cuenta) y se alzó con el imperio y así quedó Azcaputzalco (que era su ciudad) con el nombre imperial aunque le duró poco; porque prevaleciendo el pueblo mexicano con ayuda del heredero de Tetzcuco no gozó desde entonces de este nombre; nunca perdió su antigua estimación y siempre tuvo rey y señor legítimo que la regía y gobernaba y era igual con el de Mexico. Tenía esta ilustre ciudad la gente muy cortesana, porque como siempre había sido corte quedó con el lenguaje y trato cortesano, con mayor policía que todas las demás ciudades y reinos; y así vemos ahora, los que entendemos su lengua, que es la tetzcucana la más elegante y pulida de todas las familias que la hablan.

Había en esta ciudad muchos y muy buenos edificios, y aunque había muchas casas de señores que la ilustraban, fueron dos las que (entre otros de los pasados y presentes) pueden ser de mucha y célebre memoria; el antepenúltimo rey que la gobernó, llamado Nezahualcoyotl, que edificó sus casas y palacios muy grandes, cuyo asiento fue un suelo de terrapleno de más de tres estados en alto, encima del terraplenado edificó sus casas con grandísimas salas y aposentos, y por huir prolijidad digo que eran tales que bien podían gozar el nombre de imperiales. A su lado (digo a la parte del poniente) le caía la laguna grande salada, la cual se veía desde cualquier parte del palacio muy clara y distintamente por estar tan alto. Tenía a la parte del mediodía una huerta de grandísima recreación, la cual cercaban más de mil sabinas muy altas y crecidas y un muy ancho y espacioso foso de agua que era de un río que por él corría, y aunque ahora está muy arruinado este real edificio, está aún cuasi entera la cerca de las sabinas.

El hijo que heredó a este monarca, llamado Nezahualpiltzintli (de más de ser muy sabio en ciencia natural), era grandísimo arquitecto, y así edificó otros palacios, donde hizo su morada, tan aventajados a los que su padre había hecho que no tenían comparación ninguna. Edificólos un poco apartados de los de su padre, a la parte del norte, y tan artificiosos que parecían un muy proprio laberinto de los que los antiguos usaron; tan ordenados sus aposentos y recámaras y con tantas entradas y salidas (en lo interior de la casa) que si no llevara guía el que en ellos entrara, era fácil perderse. Tenía (y tiene de presente) un patio, antes de entrar en este interior que hemos dicho, muy grande todo enlosado, muy igual y parejamente, enmedio del cual está una muy crecida y gruesa sabina que cuasi hace sombra a todo el patio. Tiene muchas salas y aposentos, a la entrada de él, muy grandes y buenos; y en este patio hay un terrapleno de más de vara y media de alto que hace un ambulatorio de doce o trece pies de ancho, con un pretil de una vara en alto, todo de piedra labrada y encalado. Están tres salas (que llaman en su lengua calpules) que cogen de esquina a esquina todo el patio; son (ciertamente) piezas muy de ver, éstas servían a los señores de los reinos e imperios comarcanos; la una era del consejo mexicano, cuando por alguna causa iban a Tetzcuco; otra del rey y consejo de Tlacupa y la otra del consejo de el mismo reino tetzcucano. Sobre estas grandísimas salas hay otros cuartos y aposentos que tienen otros ambulatorios y pasadizos donde los reyes y señores de la casa real se recreaban y algunos dormían, todo muy curioso y de ver.

Tenía (y tiene, aunque no tan vistosa ahora) una huerta de muchísima recreación, de muchas flores y yerbas odoríferas. Tienen en un patio interior que corresponde a sus dormitorios piedras de espantable grandeza, puestas allí a mano y todas cavadas por mil partes que hacen a manera de piletas donde echaban agua y venían a beber pájaros de diversas maneras, a los cuales tiraba el rey con cerbatana desde su sala y retrete, sin ser de los pájaros visto y de esta manera mataba muchos; y esto tomaba por recreación todas las mañanas y tardes. Tenía enfrente de sus palacios un estanque y albérca de agua tan grande como toda la cuadra de su casa, estaba también cercado y íbase a él por debajo de tierra, por una bóveda que entraba de la esquina de la huerta a la esquina del estanque y entraba en él por canoa, de manera que de nadie era visto. Este estanque tenía grandes recreaciones de aves y otras cosas de agua en que se entretenía él y los que consigo llevaba, que solía ser alguna de sus más queridas mujeres.

Había en esta ciudad muchos y muy sumptuosos templos y el principal y mayor era tan grande que excedía al templo mayor de Mexico, con siete o ocho gradas o escalones. Su dios principal, a quien estaba dedicado, era llamado Tezcatlipoca. Sus rentas y proprios eran muchos y tenía pueblos adjudicados en mucho número que lo servían. Tenían estos señores tetzcucanos unas casas de bosque, una legua de esta ciudad, tan maravillosamente labradas cuanto se puede pensar. Están sentadas en unas lomas y pedregales que corresponden a la ciudad por la parte de las sierras del oriente. Son casas de mucha recreación y a éstas venían algunos tiempos

del año a espaciarse y a descansar de los cuidados ordinarios del gobierno. En ésta se recogió el gran señor y rey Nezahualcoyotl siendo ya muy viejo, cuando dejó el gobierno a su hijo Nezahualpiltzintli.

No tiene esta ciudad la multitud de gente que en su gentilidad tenía, pero es de las buenas que ahora hay en la Nueva España. Hay en ella muchos españoles y sus comarcas y tierras son todas labranzas de pan, donde se coge mucho y muy bueno. Tiene un riachuelo que pasa por una parte del pueblo y suele ser algunas veces peligroso, en especial el año de 1597 salió tanto de madre que anegó muchas casas del dicho pueblo y pasó por medio de él como si fueran aguas de aquel general y universal Diluvio y causó más espanto y temor por razón de ser de noche que no se podía prevenir el remedio ni se sabía hacia dónde huir el daño. Tenía en su contorno y redondez, esta ciudad, muchas y muy grandes poblaciones, en especial tres que están pegadas a sus arrabales, donde hay conventos de religiosos franciscos, que son los que tienen la doctrina de la ciudad y su comarca.

CAPÍTULO XXVIII. *De la laguna mexicana y comarca de esta gran ciudad con sus sierras y montes*

O SERÁ JUSTO QUE LLEGANDO A OCASIÓN de leer estos capítulos que atrás quedan escritos acerca del asiento, poblazón y grandeza de esta ciudad de Mexico, así en el tiempo de su gentilidad como en este presente que la habitan y moran españoles, quiera el lector notarme de apasionado por ella, pareciéndole que lo estoy en contar sus grandezas que aunque es verdad que una de las tres cosas que ha de ser defendida (como lo notan todos los antiguos, prudentes y sabios y fue la mayor de los hombres) es la patria (gloria del elocuentísimo Cicerón que fue morir diciendo: finalmente muero por mi patria, tantas veces por mí defendida), aunque no lo es mía, ésta al menos téngola por propria, por haberme criado en ella y así digo que no ha sido mi intención encarecer patrañas sino decir verdades muy conocidas y en realidad de verdad digo que antes he quedado corto en contarlas que demasiado en encarecerlas. Y ciertamente que si hubiera de poner todas las cosas que en memoriales antiguos he hallado escritas (demás de lo que yo tengo muy averiguado y visto) que parecieran de libros de caballerías donde no se pretende más que decir mentiras a montones, como en el lenguaje mismo que se escriben de verdades; y confieso que hago agravio a todos los que acerca de esto han escrito y dejado estas cosas en memoria, en no decirlas todas y con el mismo encarecimiento que se escriben, pues son personas abonadas los que las testifican, entre los cuales son el que llamaban el padre de Las Casas, que fue obispo de Chiapa y de la Orden de los Predicadores y uno de los primeros (como en su lugar se verá) pues corre la misma razón con sus escritos que en otros tiempos corrió con los antiguos escritores, que para creerlos no hubo ni hay más